

CONQUISTA[®]



Volumen 5, Número 4

CRISTIANA

*¡La revista para líderes
que se preparan para la acción!*

- Lecciones de un pordiosero, *Hugo Zelaya* / 50**
Obispado, *Jorge Luis Soto* / 53
El servicio al Señor, *Antonio Sellers* / 55
La obra restauradora, *Daniel Zuccherino* / 56
El abrigo de un pastor, *José R. Frontado* / 60
Salud Espiritual, *Arturo Benoit* / 62

Lecciones de un pordiosero

Hechos 3: 1-10

Hugo Zelaya

El concepto sobre un pordiosero es que no tiene nada que darnos: por eso es lo que es. Después de todo, si tuviera algo que dar, no estaría en esas condiciones. Pero el que nos ocupa alcanzó a estar en la Biblia y “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar” (2 Timoteo 3:16). Dios quiere preparar a sus hijos para que sean, continuamente, objetos de su gracia, para así manifestarla por su medio al resto de los hombres.

El hombre era cojo de nacimiento. No se puede decir que estaba en esa condición porque hubiera pecado ni tampoco que hubiera vivido una vida agradable a Dios. La Biblia dice sencillamente que era cojo de nacimiento, sin atribuirle lo malo ni lo bueno. Tampoco dice que alguien hubiera pecado. Ciertamente, por el pecado de uno la muerte pasó a todos los hombres (Romanos 5:12) y en la enfermedad se contempla a la muerte (Juan 11:4).

Los judíos creían que todas las personas en esa condición estaban así por castigo de Dios. No se les ocurría (ni a nosotros muchas veces) que éste hombre había nacido para glorificar a Dios con su milagro. A este cojo le corresponde ser el primer milagro físico de la recién establecida iglesia del Nuevo Testamento.

Los otros protagonistas son Pedro y Juan que iban para un culto de oración. Ellos habían pasado por muchas experiencias juntos. Habían sido pescadores y eran de la misma aldea. También pertenecían al círculo íntimo de Jesús y habían visto de cerca su poder milagroso.

Pedro era otro hombre; había sido

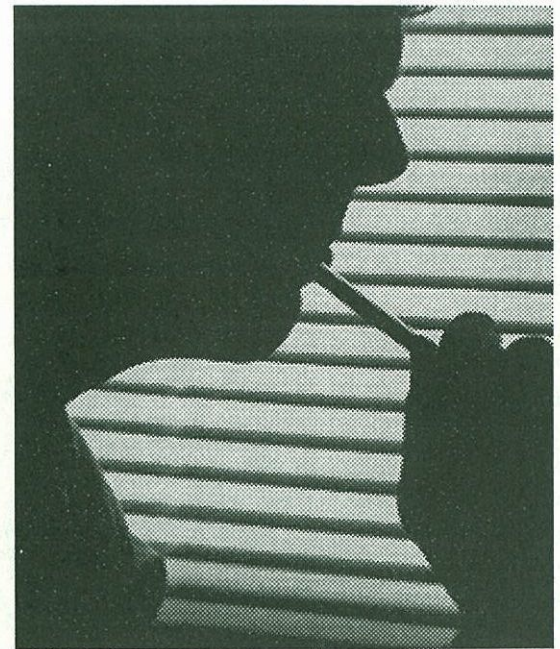
quebrantado por su experiencia en el patio de Caifás y a orillas del lago después de la resurrección del Señor. Ahora lo vemos lleno de ánimo, dependiendo del estímulo del Espíritu Santo y no de sí mismo, siempre a la expectativa de lo que pudiera ocurrir.

Juan acompañaba a Pedro. Sentarse a la izquierda o a la derecha no ocupaban su atención ahora. Su ambición era servir al Señor de la manera que Él escogiera y cuando lo decidiera. ¡Qué bueno que en vez de pescar ahora vienen a orar!

No sé si habrían reparado antes en el cojo, porque lo cierto es que el hombre se había convertido en parte del panorama del templo. Lo traían todos los días al mismo lugar para provocar compasión. La gente ya se habría acostumbrado a verlo y él a su condición. ¡Qué peligrosa es la costumbre y la rutina! Como ir a la iglesia porque es día de culto. Quienes se acostumbran a lo mismo, no esperan que pase más de lo que ya han visto. Salen tal como entraron. No hay cambio en sus vidas. Su condición es la misma; en el mejor de los casos provocan la compasión de otros.

Un marco de miseria

Los “cojos de nacimiento” se caracterizan por dos cosas: la *indigencia* y la *impotencia*. Este es el estado de la humanidad sin Cristo: Espiritualmente no tienen nada y no pueden cambiar su condición. El dinero, la fama, la posición social, los placeres y todo lo que la Escritura llama “el afán de la vida”, no resuelven la condición del hombre.



La fe en Jesucristo sí, pero es el último recurso para muchos. Primero probarán todos los medios para resolver su problema.

El cojo dependía de la caridad pública, no se podía valer por sí mismo. Otros lo traían y lo ponían en la entrada del templo. El hombre moderno tampoco se puede ayudar a sí mismo. No hay resoluciones ni buenas intenciones que valgan. Sólo el Señor es capaz de satisfacer su necesidad.

La indigencia motiva a buscar ayuda. La impotencia es el telón de fondo para el poder de Dios. Este hombre reconocía su condición: por eso mendigaba y por eso dejó que lo llevaran donde pudiera recibir ayuda. Pero hay personas que se niegan a aceptar su condición, se niegan a buscar ayuda y se esconden detrás de una fachada de aparente éxito material que no satisface su necesidad interna.

El cojo es mucho más sensato que muchos. Reconoció su necesidad, hizo a un lado su orgullo y pidió.

El lugar conveniente, el momento oportuno.

Hay una ocurrencia insensata que dice que no importa la religión que se tenga ni lo que se crea, que lo importante es “creer”, que todos los caminos llevan a Dios. ¡Qué

destruccion es esta doctrina! Muchos siguen perdidos eternamente por creer esto.

Jesús dijo: *Yo soy el camino... nadie viene al Padre sino por mí* (Juan 14:6). Pedro lleno del Espíritu Santo lo dijo de esta manera: *En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos* (Hechos 4:12). Un dicho popular dice que lo importante no es lo que conoces, sino a quién conoces, haciendo referencia a salir adelante en la vida. Si bien el dicho no tiene implicaciones espirituales, sí las aplicamos nosotros. No importa cuánto sepa el hombre, sin Cristo está perdido.

Siempre nos impresionan los actos de la soberanía de Dios. Significan que no tenemos que explicar lo que Dios hace. Es irrelevante que sus actos nos parezcan justos o injustos. Dios se ríe de los reclamos del hombre (ver Salmo 2:4). ¿Es la condición del pordiosero un acto de la soberanía de Dios? ¿Quién lo diría? Sí, era cojo de nacimiento, pero no olvidado por Dios.

Año tras año, el hombre era traído todos los días al mismo lugar y nada pasaba. Pero hoy sería su día. No sabemos cuándo es el día de la obra particular de Dios en su vida. Hebreos habla de un hoy más amplio que la designación de 24 horas.

El hombre ve pasar a Pedro y a Juan y, fiel a su oficio, les pide "una limosna, por el amor de Dios." Ellos se detienen y fijan los ojos en él. Él se apresta a recibir algo de ellos y ocurre el milagro. Podríamos decir: "Demasiado sencillo". Pedro y Juan no hicieron drama ni función teatral. Ni siquiera se detuvieron para orar, mucho menos ayunar, no había tiempo. Era el momento de Dios y había que aprovecharlo.

¿Notó usted los elementos? El hombre pide y espera recibir algo. ¿No es eso lo que dice el Señor en Mateo 21:22? *Todo lo que pidieréis... creyendo, lo recibiréis.* Cuando pide a Dios, ¿espera usted recibir?

La impartición de fe

Pedro y Juan sabían lo que tenían y lo que no tenían. Es importante que nosotros también lo sepamos. No hemos sido llamados a llenar primero las necesidades materiales, sino las espirituales. Las otras cosas serán añadidas. (ver Mateo 6:21). También es importante que conozcamos la comisión que el Señor nos ha dado (ver Marcos 16:15-18).

Pedro y Juan saben también que es necesario que la fe de ellos llegue hasta el corazón del cojo. La incredulidad es un enemigo de la manifestación del poder milagroso de Dios. El interés del cojo en ese momento era dinero, llenar una necesidad material. El poder que Dios quiere manifestar trasciende todo valor material. Los dos hubieran sido milagros: que Pedro y Juan dieran al cojo oro o plata, que no tenían, o que le dieran el uso de sus miembros atrofiados.

"*Míranos*". ¿Qué hubo en esa mirada? El cojo "estuvo atento esperando recibir algo de ellos" (v.4 y 5). Hasta entonces todo lo que había recibido era lo que sobraba a algunos asistentes del templo. Suficiente para haber vivido todos esos años, pero de qué manera: al día, sin seguridad alguna y sin abundancia de nada. Le era necesario mendigar para sobrevivir.

Es la manera de vivir de ciertos cristianos. Vienen a los templos por la necesidad y no por el deseo de alabar y adorar al Señor. Se conforman con lo que sobra en los servicios, suficiente para vivir unos días y de vuelta a la misma condición. Son "cojos de nuevo nacimiento". No se valen por sí solos. Viven de lo que pueden captar de las experiencias de otros, porque ellos mismos no alcanzan a tocar a Dios. No logran entrar. Se quedan a la puerta del templo y son buenos sólo para estirar la mano y pedir. Su conocimiento se basa en lo que oyen de otros o en lo que leen en algún libro. Hay cojos físicos, cojos emocionales y cojos

espirituales. Han nacido de nuevo, pero están cojos y mendigan.

Ya sé. Es un cuadro negativo. No es normal que ningún cristiano sea así, pero hay muchas personas en la iglesia en condiciones anormales. ¿Qué falta? Un poquito de fe. Un poquito de levantar la mirada y fijarla en quien tiene sus ojos puestos en ellos. Un estar atento a las promesas del Señor. Un esperar recibir algo del Señor. Y no tienen que esperar recibir mucho, sólo un poquito. Con esto no quiero decir que no debemos esperar recibirlo todo. Pero para el milagro sólo es necesario esperar recibir algo. Dios no busca una gran fe; sólo un poquito, un grano de mostaza.

Oro y plata o Jesucristo de Nazaret

El oro y la plata representan aquí el sistema del mundo. Es la motivación carnal. La meta de la ambición de los "gentiles". La causa por la que muchos pierden su alma. El Señor les llama "afán y ansiedad". Necesarios hasta cierto punto, pero no la prioridad. Llenan ciertas necesidades, pero no todas.

Pedro está "caliente". El poder del Espíritu Santo corre a través suyo. Sabe que el cojo espera una limosnita, por el amor de Dios. Pero Dios quiere hacer algo grande. Para esto había nacido este cojo, para este momento, para glorificar al Señor. Los milagros son para la gloria de Dios. En el transcurso, se reciben los resultados. Suceden simultáneamente, milagro y gloria.

Entra Jesucristo de Nazaret. Todo lo que el hombre necesita es a Jesucristo de Nazaret. No se detenga pensando que todo lo que necesita "está en Jesucristo". Esta manera de pensar pone la atención en las cosas que Él puede dar y no en la persona misma del Señor. Ciertamente "Dios" nos dará también con Él todas las cosas" (Romanos 8:32), pero es el Señor quien debe llenar nuestra atención. Eso es lo que Pedro quería estimular en el cojo cuando lo amonestó a mirarlo. Quería transmitirle su fe en el Señor. La persona de Pedro carecía

de provecho para la necesidad real del hombre. Es aquí donde fallamos muchos. Nos cuesta orar por las necesidades porque estamos demasiado conscientes de nosotros mismos. La clave está en ver al Señor. Él es la respuesta para todas las necesidades del hombre. Simplista para los que no lo conocen, pero para usted y para mí, Él es el remedio a todos los males de la humanidad.

La reacción del cojo

Pedro lo toma por "la mano derecha..." (v.7). La izquierda está extendida pidiendo limosna. Esa no le sirve para lo que Dios quiere hacer. El cojo necesita un poquito de ayuda al principio: ...y "le levantó". Sí, hay esperanza para los "cojos de nuevo nacimiento". Será la fe de otros al principio, pero todos tenemos que andar sobre nuestros propios pies. No podemos vivir continuamente del favor y de la gracia de Dios a través de otros.

Lo que pasó fue un milagro de gran magnitud. El hombre no tenía músculos; nunca los había ejercitado. No estaba acostumbrado a equilibrarse sobre sus dos piernas como un hombre normal. Lo que sigue es una transformación fenomenal, como las que sabe hacer el Señor. Los pies y los tobillos del hombre "se le afirmaron" y no tuvo que aprender a caminar gateando como todos tuvimos que hacerlo. Este era el tiempo en que Dios sería glorificado en la vida de este cojo. Por su boca y por su manera de actuar sus acciones no eran muy religiosas, tal como son las de los que nunca han recibido un toque de Dios. El hombre se puso a hacer lo que nunca había hecho antes. Se pasó su rato caminando y saltando y alabando a Dios y la gente lo miraba espantada.

¿Recuerda cuando el Señor lo tocó y lo bautizó en el Espíritu Santo? Yo he visto a unos correr, a otros saltar, a otros hablar en lenguas, a otros reír, a otros caer al suelo (sí, dentro de la iglesia, ¡qué sacrilegio!). Algunos se molestan por las manifestaciones del

toque de Dios. ¡Qué desorden! Déjelos. Sepa discernir cuando es para llamar la atención hacia sí mismos y corrija, pero comprenda que muchos han vivido toda una vida sin haber sido tocados por Dios y cuando Él se aparece no se pueden contener de la alegría.

¿Que Dios no es un Dios de desorden? ¡Tampoco es un Dios nervioso! No le incomoda la reacción de sus hijos. Se goza con la alegría de su creación y con las expresiones genuinas de agradecimiento de sus hijos. ¿No le gusta la risa? Dios se ríe (ver Salmo 2:4) ¿No cree que es preferible a que se pongan a llorar o que sigan tristes? ¿Que Dios no requiere que hagan todo eso? Claro que no. Son reacciones humanas muy normales y, como tales, muy variadas y de acuerdo con la persona.

Es raro que en un partido de fútbol los cristianos se peguen cuatro gritos, pero en la iglesia sean tan reservados. El ex cojo tomó a Pedro y a Juan en un abrazo que no aflojaba (v.11). ¡Qué centrado es este hombre, alaba a Dios y agradece al instrumento! No perdió su perspectiva en la emoción. No confundió a uno con el otro, pero reconoció el don de Dios en los apóstoles y les dio su lugar.

El resto de la historia es bien triste. Los que vienen al templo están muy confundidos. Primero, porque nunca habían visto que pasara nada con los ritos y el elaborado ceremonial de una religión muerta. Hace tiempo habían dejado de esperar que algo aconteciera. La rutina se había vuelto normal. Sus ojos estaban puestos en los hombres, como algunos en la iglesia. Están allí porque les gusta la manera de exponer del pastor, porque sabe hebreo, griego o latín.

Los sacerdotes se sienten amenazados. El milagro no ocurrió dentro del templo, sino afuera. No por manos de ellos, sino por manos de personas humildes, sin entrenamiento formal, que apuntaban a uno que los mismos sacerdotes habían crucificado. El celo religioso

es ciego. Hay religiones que están muertas sin el poder de Dios, que se siguen autopropagando porque la alternativa no es de su agrado. La alternativa está afuera de sus templos, en los lugares humildes, con hombres y mujeres sencillos que se dejan usar por Dios. Porque no sucede dentro de sus esquemas, les niegan expresar su fe y su devoción en un Cristo vivo. Prefieren mantenerlo crucificado, porque en sus cultos no se aparece ni por asomo.

La Biblia dice que Dios va a sacudir todo lo que pueda ser sacudido para manifestar su reino incommovible (ver Hebreos 12:26,27). Unos esperan temblores de tierra y cosas semejantes y tal vez sea así. Pero yo creo que hay otra manera en que Dios va a sacudir esta tierra, y todo lo que está en ella, y es mediante el poder del Espíritu Santo. Dios sacudió a Jerusalén con un milagro por medio de Pedro y Juan. Los líderes religiosos tuvieron que admitir que estos hombres habían estado con Jesús. Dios está por conmover la tierra nuevamente, con el poder del Espíritu Santo. Vivimos días de expectación. Las mayores cosas de las que habló el Señor están por manifestarse.

No es meter la cabeza dentro de la arena para no ver la tormenta. Ciertamente la tormenta viene, pero la verdadera iglesia del Señor es el instrumento que Él usará para sacudir este mundo. ¿Está usted paralizado aún habiendo nacido de nuevo? ¿Ha dejado de esperar para ver el poder de Dios en la tierra de los vivos? No se desanime. Dios conmoverá el cielo y la tierra con tal de glorificar a su Hijo y ¡usted y yo somos sus instrumentos para hacerlo!Δ

Hugo M. Zelaya es director de Conquista Cristiana. Es el fundador de la Fraternidad de Iglesias y Ministerios del Pacto que da cobertura a varias iglesias en Costa Rica. Actualmente reside con su esposa Alice en Houston, Texas donde es pastor de la Iglesia del Pacto.

Obispado

Jorge Luis Soto

“Palabra fiel: si alguno anhela obispado, buena cosa desea”.

1 Timoteo 3:1

En estos días un apóstol aprobado visitó Costa Rica y dejó gravitando una definición de lo que sería un Noé moderno. Dijo: Hoy tendríamos que leer Hebreos 11:7 que dice textualmente “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios con respecto a cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase...” e interpretarlo, para favorecer a numerosos ministros con mucha imagen de la siguiente forma: “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, preparó con temor el arca y salvó a todo el mundo y perdió su casa”.

Como sembrados en tierra, quedamos los oyentes de esta verdad que tenemos en nuestro contexto. Da lástima escuchar a muchos en altares y medios de comunicación, hablando triunfalismos de cómo tener vidas exitosas pero al conocer sus hogares, vemos una familia disfuncional.

¿Está ciego el Señor? ¿Se volvería tolerante después de tantos siglos, o quizás alguno piensa que el Señor también entró en la onda del libertinaje?

¿Quién desea obispado? Esto se interpretó mal también. Parece que es una puerta para que muchos ostenten puestos en la iglesia a manera de politiquería y no para cuidar y velar la doctrina de la iglesia y su dirección.

¿Quién se atreve hoy a ejercer su ministerio de apostolado o de profeta en favor del diseño de Dios? Oramos para que Dios levante los cinco ministerios, pero cuando él lo hace, los ignoramos.



¿Quién se somete a quién? Lo malo es que en el peor de los casos, apóstoles se someten a personas que, ni tienen ministerios, que brotaron porque hubo un espacio de oportunidad en un medio que, con sagacidad, hoy ostentan lugares de privilegio en la iglesia. Pero, ¿acaso se cumplirá otra vez la profecía “ellos establecieron reyes, pero no escogidos por mí; constituyeron príncipes, mas yo no lo supe...”? Oseas 8:4.

Un obispo no puede ser un crítico, sino un veedor, uno que puede funcionar como contralor, valorando espiritualmente lo que debe verse como aprobado, para que edifique el cuerpo de Cristo. Pero también un auditor, que descubra lo que se infiltró y está contaminando a la iglesia.

Estamos tan enfermizos que portamos virus semejantes a los de programas de computación, los cuales parece que fueron creados para dañarse a sí mismos. La iglesia no debe ser tímida ante lo que no está conforme a las normas de conducta bíblicas.

Estamos trabajando para ser famosos,

para tener el santuario más hermoso que jamás haya existido, pues, como escuché de un líder mundial muy importante, la multiplicación trae autoridad; pero interpretamos autoridad como popularidad y fama, lo cual da cosquillas de ambición.

Por ejemplo, mundanalidad; esta palabra no se debe tocar en los púlpitos cristianos actuales, porque molesta sensibilidades, aunque el ungido de Dios que está al frente se exaspere de ver a tanto liberal que ha conquistado posiciones de privilegio, incluso en concilios, pese a sus malos hábitos al vestir y que distan mucho del recato que demanda el Espíritu Santo a la iglesia, novia de Cristo.

Actualmente existe temor a los hijos. La sicología moderna estableció lineamientos que, por cuidar la identidad del niño, lo han convertido en “vaca sagrada”; y así tenemos la más variada gama de rebeliones y la palabra de Dios dejada de lado. “La necedad está ligada al corazón del muchacho; pero la vara de la corrección la alejará de él”, Proverbios 22:15. Esto se está dando también en la relación pastor-oveja: se opta por la tolerancia para no confrontar pecados como decoro y pudor, entre otros.

Los llamados a reaccionar ante anomalías dentro de la iglesia son los ungidos que agradan al Señor y no a las clases más favorecidas; pero avergüenza que hoy sean los curas los que protestan por la inmoralidad de la cartelera cinematográfica de nuestros cines y televisoras.

Creo que tenemos demasiados analistas para definir el mal, e incluso para dar soluciones, pero nadie quiere ponerle el cascabel al gato; lo mejor es que las aguas corran, no gastar pólvora en aves secundarias.

Un gran toque de trompeta dio un excelente lider cuando dijo que Acab proféticamente, llamó hermano a Ben-adad, siendo enemigo del pueblo de Israel, y lo montó en su carro de guerra, luego que Dios lo había entregado en su mano. 1 Reyes 20.

Grandes que quieren ser siervos y ya no pueden y, sencillamente, el que es siervo no puede ser grande. Hemos hecho creer a la iglesia que la fuente de milagros está en nuestra billetera: ahí se producen las sanidades; que la fuente para salir de deudas, no es obedecer la Palabra, ser íntegros, diligentes, honestos, pagar las cuentas y trabajar con esfuerzo y dignidad: parece que la forma es sacar el dinero a los cristianos y jamás dar informes de cuánto se necesita, cuánto se recaudó ni dónde se invirtió.

Ministro 2000, aquel que tiene la unión para sacar dinero a los cristianos de manera espectacular y usando la Biblia a diestra y siniestra: si das será como una pequeña indulgencia que te ayudará a tu salvación. Los colonos ahora salvan y los dólares puen darte una "suite" en el seno de Abraham.

¿Cuándo acabará esto? ¿Hasta cuándo las personas incautas atenderán este quinto evangelio? ¿Se nos olvidó acaso los escándalos del pasado? ¿Creemos que en nuestras naciones jamás pasarán estas cosas? Estamos otra vez con el mismo síndrome, caciquismo: superpastores con muchos recursos y sin humildad; muchos recursos pero los medios de comunicación abundan en pleitos descarados entre ellos. En ciertas ciudades si un cantante ministra en "x broadcasting", será rechazado por la otra estación cristiana. Esto es un pecado que todos tendremos que llorar en un futuro cercano.

Dejemos de pensar que somos mejores que otros hermanos con los que Dios sí debe tratar con huracanes, temblores y maremotos, pero que nuestra nación, dada su madurez, está

exenta de estos impuestos del cielo. Dios puede arrancar otra vez el templo de Salomón, por más bello y costoso que sea, si su pueblo se envanece. Ya lo hizo una vez y creo que su celo no ha disminuido.

Algunos pastores hemos creído que somos los más selectos del reino. Hemos roto la unidad que tanto le costó al Espíritu Santo en los años setenta en Latinoamérica.

Hemos hecho cueva de ladrones de muchas de nuestras organizaciones, seguros de que la nuestra no comete ningún error. Miramos por encima del hombro a los menos famosos y los ignoramos como si nosotros no hubiéramos empezado de cero. "¿Por qué te glorías", dice Pablo, "como si no lo hubieras recibido"? Pero no, insistimos en que nosotros lo logramos con mucha valentía y esfuerzo y que el Señor tiene preferencia por el sacro nombre de nuestra exclusiva iglesia, olvidando pasajes bíblicos que deben hacernos recapacitar como Mateo 7:22-23, "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hechamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?; y entonces les declararé: Nunca os conocí.

¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!

¿Por qué anhelar ser obispo de la iglesia? Bueno, intérpretese "gran oportunidad de ser famoso y lleno de ganancias". ¿Quién se atreverá a frenar a los seudoministros? Algún día hasta la iglesia los condenará pues han robado, incluso, el corazón de ella misma.

Luego de cuarenta años, mi madre se desconcertó al escuchar a los cantautores cristianos, nacidos de nuevo, en las emisoras no cristianas.

"¿Qué es esto, hijo?", me dice, "¿dónde está el celo de la iglesia ante la idolatría?". Bueno madre, los cantantes tienen que comer, tener su buen carro y además Ben-adad quiere estar en paz conmigo. ¡Bueno, eso es lo que él dice!

Creo que deberíamos aprender de los grandes errores del Titanic:

1. Insumergible. Así lo consideraron al ver la gran gloria terrenal conquistada. Esto hace que mengüemos espiritualmente a un engañoso estado de autosuficiencia.

2. Ni Dios lo podrá hundir. Seguramente eso pensaron del increíble templo de Salomón; pero no, no fue así.

3. Navegar confiado en agua peligrosas. Hoy más que nunca la plaga de tinieblas se puede palpar en el Egipto de Moisés. Torpes seremos si por exceso de confianza en las grandes multitudes nos vamos a dormir, como el capitán del Titanic. Nunca antes ha existido tanta malicia en los aires como en la actualidad.

4. Finalmente, cuando encendieron las luces del S.O.S, nadie les creyó. Hemos actuado tan independientemente, hemos considerado a los demás tan insignificantes, y nos sentimos tan insumergibles, que cuando gritemos por ayuda, no seremos escuchados.

Todo lo anterior tiene textos bíblicos, casi literales; usted y yo lo sabemos. Pero que no nos acontezca como el escritor de Lamentaciones que ya no pudo contar nada bueno; solo esbozar un sollozo que ni siquiera se convierte en lloro.

¡Qué hermoso es escuchar a miles de creyentes cantar con convicción, con ímpetu: "¡En mi vida el capitán es Cristo!". Mientras esto sea así, llegaremos a puerto seguro.

"Tú eres oh Jehová, mi lámpara; mi Dios, que alumbra mis tinieblas. Dios es el que me ciñe de fuerza, quien despeja mi camino". 2 Samuel 22:29,33.Δ

Jorge Luis Soto Gould es un reconocido líder nacional e internacional, pastor de la Iglesia Manantial de Vida, en Esparza, Costa Rica, director de Intercesores por Costa Rica y autor del libro Discipulando líderes.

Teléfono (506) 635-5651

Apartado 7

5500 Esparza, Costa Rica

El servicio al Señor

Antonio Sellers

Hace unas semanas mi padre, de 77 años, tuvo que ser intervenido quirúrgicamente. Mi esposa y yo pusimos la situación en manos de Dios. El Señor nos dio paz

Por su edad avanzada y su reciente operación, siempre tenía a alguien a su lado.

Se nos advirtió que su vida dependía de una sonda que le habían colocado, y que este tipo de enfermos, inconscientemente, tiende a quitársela.

La primera noche y la de más peligro, mi esposa pasó en su cabecera vigilando su sueño.

La segunda noche me correspondió a mí y todo iba bien hasta que, a las tres de la madrugada, vi a mi padre con la sonda en su mano derecha. Se la había arrancado literalmente; no sé si me dormí o me distraje, lo que sí sé, es que no estuve suficientemente atento.

Se me había advertido lo importante y necesaria que era mi misión y fallé.

Esa noche vi muy claro la responsabilidad de un siervo de Dios. Fue como si el Señor utilizase este incidente para mostrarme la responsabilidad que como obrero de Dios debo asumir.

Vino a mi mente, el verso 12 de San Juan 17: A los que me diste yo los guardé y ninguno de ellos se perdió...

Recién convertido, sentí al llamado de Dios, quería vivir y trabajar para Él, servirle y serle útil.

Cuando llegó el momento, después de algunos años, hice una lista con las personas que quería que el Señor

tocase. Al cabo de un tiempo, tuve que rehacer la lista con las personas que el Señor tocaba, lo curioso era que no coincidían ambas listas.

Era una alegría y un gozo ver al Señor añadir a los que habían de ser salvos. El Señor no nos enviaba cantidades, sino uno a uno.

Una madrugada, orando, sentí necesidad de hacerlo personalmente por cada uno de los que el Señor había añadido, eran pocos, ocho o diez en total.

Fue una sorpresa para mí y aún más para ellos. El Señor iba mostrando heridas y pecados ocultos, incluso de la niñez, que debían ser confesados. Bendito es el nombre del Señor.

Y yo que pensaba que una vez que el Señor añadía ya estaba todo hecho.

Tuve que admitir, muy a mi pesar, que estas personas, estos hermanos, necesitaban de mis cuidados y de mi atención. (me sentía satisfecho predicando y estudiando la palabra, y nada más.) Era responsable ante Dios de esas personas. Al reconocer lo que el Señor había hecho por ellos, soltando sus ataduras, me correspondía estar vigilante para que continuasen creciendo en Cristo.

El Señor había contestado mi oración enviando almas; ahora tendría que guiarlas hasta los pies de Cristo. Tuve que comprometerme ante Dios.

La intercesión y oración por cada uno de ellos, el estudio de la Palabra y la comunión, me hacen estar vigilante.

Un obrero de Dios no puede permitirse echar una cabezadita. Prov 24:30-35. El diablo desea que nos relajemos, susurrándonos que

para qué tanta oración y tanto estudio de la Palabra. Que si ya está todo hecho, ¿qué más podemos hacer?

Podemos y debemos hacer mucho, cuanto más oremos y velemos, más vigilantes estaremos cuidando del rebaño del Señor.

Jesucristo mismo recomendó a sus primeros discípulos que velasen y orasen, para no caer en tentación. Mateo 26:41.

La tentación puede venir de muy distintas maneras, pero hay una muy sutil: la confianza en nosotros mismos. Tendemos a relajarnos cuando confiamos demasiado en nosotros mismos o en nuestras facultades. Esto no debe ser así.

Somos del Señor y trabajamos por Él y para Él. Nuestro trabajo no es un empleo secular de 40 horas semanales o de lunes a viernes. Todo nuestro tiempo pertenece y es del Señor.

La palabra **velar** significa: ver, cuidar, proteger y defender. Si el Señor nos ha dado trabajo como administradores de su grey, debemos tener muy en cuenta los siguientes versos: 1 Corintios 16:13 y 1 Pedro 5:8.

Que el Señor bendiga a todos los que con corazón sincero trabajan para él, velando por todos y cada uno de los que Jesucristo les ha confiado.

La gloria sea siempre para nuestro Dios.

Antonio Sellers Ortigosa es pastor y ministra en una comunidad cristiana al borde del Mar Mediterráneo.

*Calle Ciudad de Castelló, nº 5, 4º A
0357 Villajoyosa,
Alicante, España*

La obra restauradora del Señor

Daniel Zuccherino.

Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: «Levántate y desciende a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras». Descendí a casa del alfarero, y hallé que él estaba trabajando en el torno. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en sus manos, pero él volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla.

Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¿No podré yo hacer con vosotros como este alfarero, casa de Israel?, dice Jehová. Como el barro en manos del alfarero, así sois vosotros en mis manos, casa de Israel.

Jeremías 18 (1-6)

Este pasaje contiene una palabra de aliento de parte de Dios para aquellos que están trabajando con vidas (sus hijos, esposas, discípulos, etc.) y que al no ver el resultado esperado se sienten desalentados.

En muchos casos, el desaliento es el resultado de poner nuestra atención en las circunstancias, en lugar de mirar al Señor.

No será por nuestro esfuerzo sino por el poder sobrenatural de Dios que las vidas serán cambiadas.

El día llegará en que el Señor restaurará todas las cosas a su estado original y conforme a su propósito. Hasta que ese día llegue, operan en la iglesia, verdadero anticipo del futuro de Dios, los poderes que pertenecen al siglo venidero.

¿Ha sentido alguna vez que sus fuerzas se agotan a causa del desaliento? De ese modo se sentía el profeta Jeremías cuando el Señor lo lleva a la casa del alfarero. Resulta muy valioso conocer más de la vida de Jeremías. Su vida y su ministerio ilustran lo que, bíblicamente, significa el verdadero profeta, quién, a causa de su fidelidad a la proclamación del mensaje de Dios, padece el rechazo y la persecución.

Así ha sucedido a lo largo de toda la historia del pueblo de Israel y de la iglesia: la fidelidad al Señor, el compromiso con Él han acarreado, y acarrearán inevitablemente, conflictos, rechazos, y persecución.

La credencial del cumplimiento del llamado divino no son los aplausos del mundo sino la oposición.

Sólo cuando la iglesia se ha apartado de la misión profética encomendada por Dios y ha llegado a un acuerdo con los poderes terrenales, ha recibido aplausos y reconocimiento. Esos acuerdos han durado hasta el momento en que el Espíritu Santo, sucesivamente en toda la historia de la salvación, ha despertado y conmovido a remanentes fieles, dispuestos a poner su testimonio y compromiso con Cristo por encima de todas las cosas. Entonces,

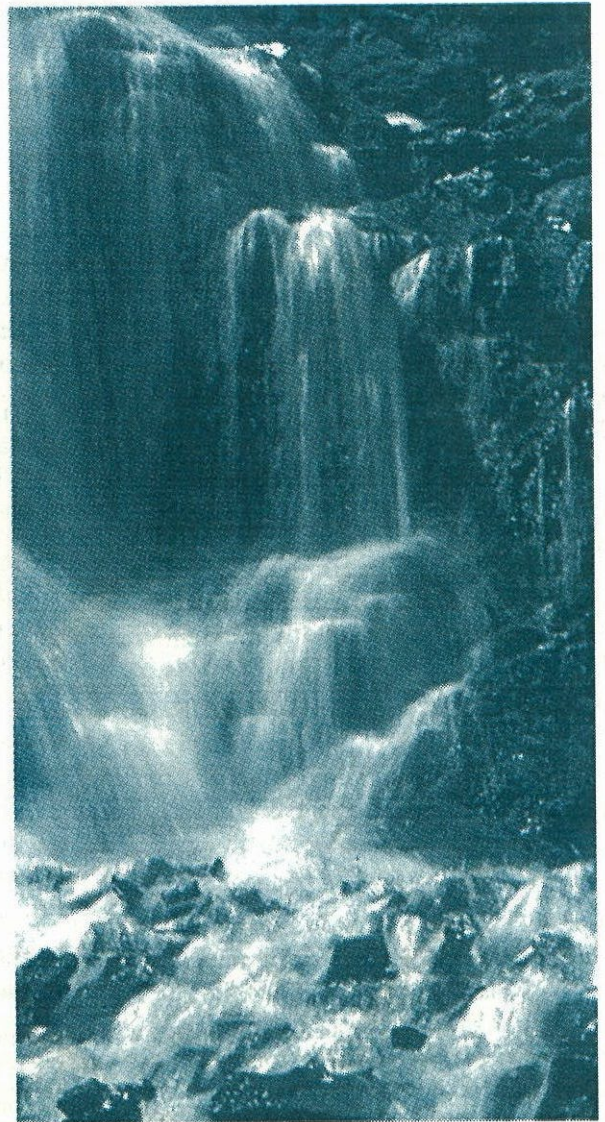
nuevamente, comenzó el rechazo y la persecución (en sus variadas formas).

¡Cada vez que la iglesia ha sido fiel, ha debido confrontar, irremediamente la feroz oposición de los poderes de este presente siglo malo!

¿Cómo estamos enfrentando ese desafío?

¿Procurando adaptarnos o pidiendo al Señor que nos dé el gozo con que la iglesia primitiva hacía frente a los padecimientos originados por la fidelidad a Cristo y al Evangelio?

Jeremías, viendo la corrupción, la inmoralidad del pueblo, lo externo y superficial de su culto a Dios, viendo que de labios da honra pero tiene su corazón lejos del Señor, se sentía desalentado, no veía futuro.



Jeremías estaba conciente del llamado de Dios. El le había dicho: "Antes que te formara en el vientre te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones". (Jeremías 1:5). Había sido el vocero del Señor para proclamar: "Volveré a edificar: serás reedificada, virgen de Israel" (31:4a). Se le había designado para anunciar el comienzo de una nueva era, la del Mesías, aquellos días de los cuales Dios dice: "Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jeremías 31:33b). Pero a pesar de todo esto, mientras el profeta esperaba el cumplimiento de tales promesas de Dios, como muchas veces nos sucede a nosotros, la realidad del presente lo angustiaba, lo llenaba de desaliento y el futuro prometido por el Señor le parecía lejano.



Una experiencia similar le ocurrió al profeta Isaías: se sintió confundido y desalentado al morir el rey Uzías; y al estar por asumir el reino un joven inexperto, veía con temor la corrupción del pueblo y como se apartaba de los caminos del Señor.

En ese momento el Señor lo llevó al templo y le permitió contemplar su majestad y gloria. (Isaías 6:1-3).

Entonces, a pesar de toda la adversidad y las circunstancias, el profeta fue renovado y fortalecido en su ser interior y en su llamado, comprendiendo que, a pesar de toda oposición ¡el Señor reina inmovible!

Cuando quitamos la vista de lo que nosotros podemos hacer y la fijamos en el todopoderoso, toda nuestra perspectiva de la realidad cambia.

Grandes hombres de Dios han enfrentado el desaliento: le pasó al apóstol Pablo "Todos me han abandonado..."; le pasó a Juan el Bautista "¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?". Si lo enfrentaron los grandes hombres de Dios, en algún momento de nuestra vida, lo haremos nosotros.

Cuando Cristo Jesús tuvo que contestar la pregunta de Juan el Bautista respecto de si era Él el Mesías, no utilizó argumentos teológicos, ni religiosos, sino que se limitó a responder: "Id y haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio" (Lucas 7:22). Se remitió a la obra restauradora del poder del Espíritu Santo manifestada en su ministerio. Esa era la certificación divina de que Él era el Mesías, el santo Hijo de Dios.

Se había inaugurado un tiempo nuevo, el reino de los cielos se había acercado en la persona de Cristo Jesús, y el Padre corroboraba ese hecho mediante la operación restauradora de los poderes del siglo venidero. La iglesia está llamada a proclamar ese evangelio de poder del reino de Dios, confiando en la obra del Espíritu Santo para la restauración de lo que el pecado ha corrompido.

El Señor nos está llamando a consagrarnos por entero. ¡Que el Señor nos ayude para que no seamos una generación perdida dando vueltas en el desierto! Con nosotros o sin nosotros el

Señor cumplirá todas sus promesas y planes. La misión que nos ha sido encomendada es imposible, a no ser que entendamos que la respuesta está en la persona y en el poder del Señor, en lo que él puede hacer y hará, y no en la sabiduría o poder terrenales.

Volvamos a Jeremías: en medio de su desaliento es enviado a casa del alfarero. Por medio de una figura sencilla pero poderosa, el Señor le habla para que luego él hable de parte de Dios al pueblo. Antes de poder dar a otros algo que espiritualmente tenga valor, debemos primero ser enseñados por Dios. Él utiliza para ese propósito a la iglesia, a nuestros hermanos y a las circunstancias. Aprender de Dios no tiene que ver con lo intelectual ni lo académico, sino con la obediencia. Al seguirlo recibimos revelación de Dios y de su carácter. Dios se revela a Jeremías, en el suceso que estamos considerando, de un modo sencillo. No es la aparición de un ángel, ni un estruendo o un trueno. Para quien tiene dispuestos sus ojos espirituales, la verdad divina aparece en lo cotidiano.

El mensaje que Jeremías recibe, es un mensaje para nosotros también, pertinente para el día de hoy.

Quiero destacar tres verdades centrales:

1) Lo que llamamos "fracaso" nos confronta con la realidad y nos enseña que no hay esperanza ni en el hombre ni en sus proyectos.

"Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en sus manos" v.4ª.

La Palabra nos relata que el alfarero (a quien la Biblia misma identifica como el Señor) encuentra, que de pronto la vasija en la que trabajaba se ha echado a perder.

No se nos dice qué defecto presentó, pero a juicio de Dios no se

conformaba a su proyecto. En el reino lo que no se ajusta al plan del Señor no puede ser reformado sino que es necesario que sea rehecho.

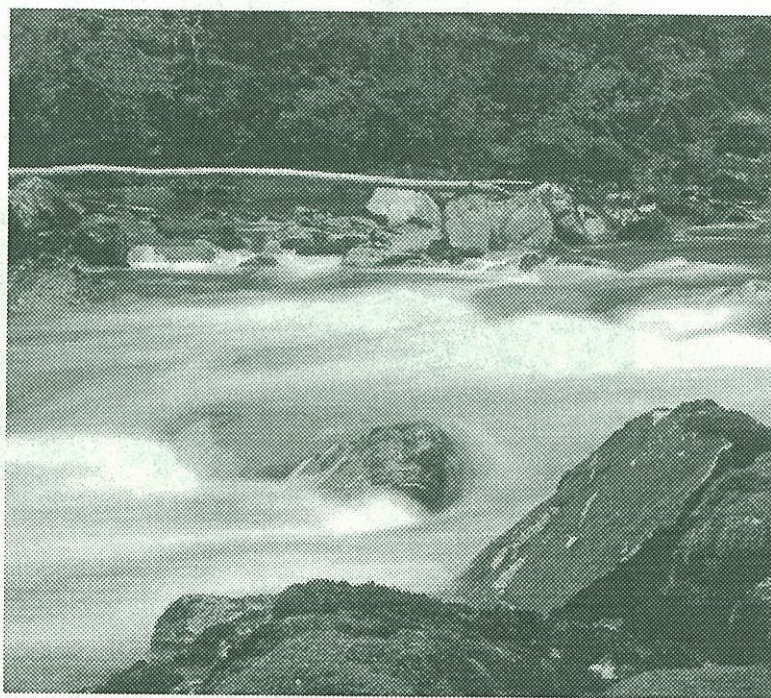
Surgen dos verdades dentro de este tema:

a) Dios tiene un plan para la vida de cada hijo suyo:

Realmente no nos cuesta creer que el Señor tenía un plan para la vida de Moisés, de José, de David, de Pablo, pero nos es mucho más difícil creer que lo tiene para nosotros y que debemos buscar constantemente su voluntad para no apartarnos de ese plan.

b) Una nación, una iglesia, una familia, o una persona pueden arruinar el plan de Dios para cada uno de ellos.

Debido a que Dios nos ha dado libertad de elección y debido también a la dureza y al egoísmo de nuestros corazones, esto sucede con mucha frecuencia. Puedo decirlo por experiencia: ¡Cuántas veces he arruinado el plan de Dios por querer, caprichosamente, hacer triunfar mis proyectos! Pero, qué grandiosa lección y cuánta bendición puede surgir del fracaso y de la ruina de nuestros planes. Sólo cuando nuestros planes son destruidos, el plan del Señor puede ser puesto en marcha.



Dice el pasaje que nos ocupa que Dios "volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla" (v.4b). No es mi plan, no es mi voluntad, sino ¡su plan y su voluntad!

Una de las tragedias en la historia de la iglesia y un peligro que también acecha hoy, consiste en pretender desplazar al Señor y sus planes para poner en marcha nuestras iniciativas. Esas iniciativas están destinadas al fracaso porque toda planta que el Padre celestial no plantó será desarraigada (Mateo 15:13).

Debemos recobrar la visión del Dios alto y sublime, soberano y todopoderoso que no sólo bendice sino reina y es Señor de todas las cosas. Debemos ser sus colaboradores obedientes.

A veces, con cierto orgullo decimos: "Estoy discipulando a fulano".

Pero, ¿quién es el que realmente discipula? ¿Quién puede formar a un pastor, a un maestro?

Debemos dar, humildemente, gracias al Señor que en su misericordia nos permite ser colaboradores suyos y nos deja participar en la tarea maravillosa de extender su reino y ser parte de su obra restauradora. Si la obra no la hace el Espíritu Santo de Dios, no hay obra

posible en el reino de Dios.

El fracaso también nos permite ver la realidad de nuestro corazón. Jeremías, el valiente heraldo del nuevo tiempo de Dios estaba desolado por las circunstancias que lo agobiaban. Las circunstancias no habían cambiado a Jeremías sino que le permitían descubrir lo que ya estaba en su interior.

El fracaso sirve, asimismo, para que los hombres con sus organizaciones y sus planes se bajen del

pedestal que sólo corresponde al Señor. ¡Gloria a Dios!

2) Cuando todo es fracaso y ruina entonces el Señor puede ser visto como lo que es: soberano y todopoderoso.

"El volvió a hacer otra vasija" (v.4b).

Sólo él puede cumplir su plan perfecto en nuestras vidas. Él se revela, nos permite conocerlo, ese conocimiento nos transforma y por la obra sobrenatural del Espíritu Santo, nos va conformando a la imagen de Cristo Jesús.

Para que ese plan se cumpla debemos entregarnos como un sacrificio, como una víctima viva (Romanos 12:1). La palabra clave, la actitud que permitirá el obrar del Señor es 'entrega'.

En el camino a Damasco, Saulo de Tarso se entregó cuando, quebrantado, le preguntó a Cristo: "Señor, ¿qué quieres que haga?".

A partir de ese momento, Dios comenzó la tarea de "destruir" a Saulo: fue perseguido, azotado, despreciado, apedreado, abandonado por los hombres, para que naciera el nuevo hombre a quien llamamos Pablo, el que al final de su vida puede proclamar que lo ha perdido todo para ganar a Cristo

y que lo que perdió era en realidad basura (¡de Saulo ya no quedaba nada!). Filipenses 3 (7-9).

El cumplimiento del plan de Dios para la iglesia, para las familias y para cada uno de nosotros, implica que todo lo que sea contrario a su propósito y a su voluntad debe ser, irremediamente, arrancado y destruido para que el todopoderoso obre como soberano. Debemos quitar la vista de los hombres y de las circunstancias y dirigirla al Alto y Sublime, y orar: ¡Señor capacítanos para lo que estás preparando para nosotros! ¡Nos entregamos como sacrificio vivo!

El Señor todopoderoso está levantando un pueblo que refleje su carácter y viva los valores del reino de Dios. ¡Yo quiero ser parte de ese pueblo! Él está levantando a su iglesia para vivir el evangelio del reino en el poder del Espíritu Santo. Nos hará recobrar el compromiso y la actitud de conquista de la iglesia primitiva, que con su accionar trastornó al mundo. Nos está llevando a ser parte de su familia, con un compromiso total con él y con nuestros hermanos. Una familia donde caen todas las barreras y las diferencias, donde el mayor cuidado lo reciben los más débiles, los "bebés" en la fe.

El corazón misionero de la iglesia se muestra en primer lugar en la actitud y el amor hacia los que más necesitan, los débiles, los desprotegidos, aquellos a quienes el mundo descarta. La iglesia debe tener una actitud de brazos abiertos para recibir a quienes se acercan a Cristo. Esta actitud debe manifestarse en nuestra comunión: no conversar sólo con los que conocemos de años, sino dar prioridad a quienes son nuevos entre nosotros, los angustiados, los necesitados, los que están llenos de problemas, los rechazados.

3) Por la victoria de Cristo, el Señor que obró ayer, derrama de su poder entre nosotros para hacer nuevas todas las cosas.

Dice el Señor: "¿No podré yo hacer con vosotros como este alfarero?"

Nosotros respondemos: ¡Sí Señor, eres todopoderoso! Por eso debemos tomar conciencia de que cuando estamos orando por un hermano, estamos pidiendo que opere el poder que levantó a Cristo de entre los muertos, que no somos nosotros sino él quien hace la obra.

Debemos dejar de lado todo desaliento sabiendo que hay un Señor de la mies que es fiel y cumplirá todas sus promesas.

Llega la hora en que no debemos confiar en nuestras capacidades, ni en

nuestros planes, sino en el poder sobrenatural del Espíritu Santo de Dios, poder del siglo venidero, que opera hoy en la iglesia, anticipando el futuro de Dios y haciendo nuevas todas las cosas. Todo desaliento se destruye frente a la esperanza de Dios, de su futuro glorioso que ya ilumina nuestro presente.

¡Señor, creemos de todo corazón en tu obra restauradora! Somos tu pueblo, capacítanos para lo que ya estás preparando para nosotros!

Moldéanos a tu imagen. Amén.Δ

*Invitamos
a pastores y ministerios
para que colaboren
con artículos
de actualidad
que sirvan de bendición
al cuerpo de Cristo.*

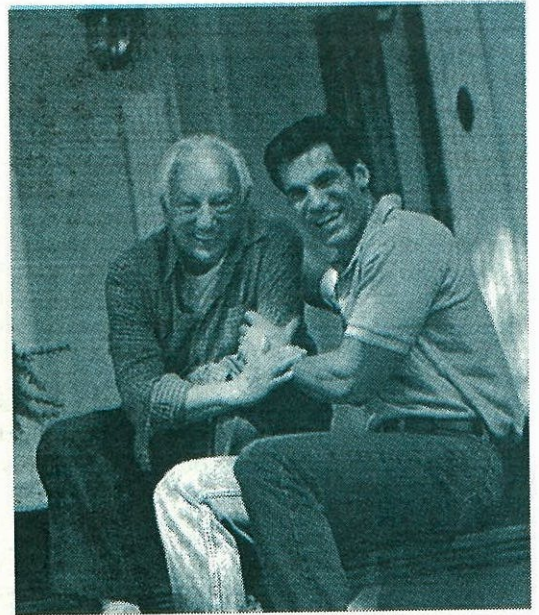
Envíe únicamente los artículos a:

Grace Martínez B.
Editora de Conquista Cristiana
Apartado 200 — 2150 Moravia, Costa Rica
E-mail: noe@cool.co.cr.

*Publicaremos los artículos, en orden de presentación,
de acuerdo con los temas de nuestro programa.
Las cartas y suscripciones debe enviarlas al
Apartado 5551-1000 San José, Costa Rica*

El abrigo de un pastor

Jose Ramón Frontado



Al analizar la vida de servicio del apóstol Pablo, nos damos cuenta de la enorme capacidad que tenía este hombre para soportar adversidades, a causa del Evangelio del Señor Jesucristo. Él escribió:

“De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar... en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias” (2 Co 11:24 – 28).

Ya pesar de todas estas cosas, al final de su vida, este gran hombre de Dios estaba preparado para entregar cuentas limpias y claras al Señor que lo había llamado al ministerio. Anciano, cansado, encarcelado, con la espalda marcada por las cicatrices de 195 latigazos y con las marcas que dejaron sobre su cuerpo los golpes recibidos tres veces con varas, este impresionante hombre le escribe a un joven discípulo:

“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”. (2 Ti. 4:6 – 7).

Es el canto victorioso de quien se estaba preparando para una partida inminente. Él sabía que le quedaba poco tiempo aquí y que, en breve, estaría en la presencia de su Señor. Pero llama la atención que, unas líneas más adelante, este hombre le escribió a su joven discípulo:

“Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Troas en casa de Carpo...” (2 Ti. 4:13).

Y llama la atención porque el capote era, con mucha probabilidad, una prenda para protegerse del tiempo tormentoso, lo cual hace suponer que Pablo tenía en mente volver a viajar, para seguir predicando el evangelio. Pensaba que, aunque le quedara muy poco tiempo le sacaría el máximo provecho a favor de la iglesia. Y uno puede imaginarse la encorvada figura del anciano apóstol, cubierto por su capote, ir de un lugar a otro en medio de tormentas y tempestades, con el único objetivo de sembrar la palabra del Señor Jesucristo. Aunque había sufrido mucho, le habían causado muchos males, había estado muy enfermo de los ojos, lo habían traicionado, había sido incomprendido y calumniado, sus fuerzas se acababan y ya era muy anciano, este singular hombre escribió: “Trae, cuando vengas el capote”.

Es por eso que quiero escribir estas cortas líneas a esos hermanos, ministros del evangelio y experimentados en el arte de velar por las almas de los creyentes, a los pastores de cabello blanco y lento caminar que por alguna razón están pensando dejar el altar; a aquellos que consideran que su tiempo ya pasó; a los que se sienten desplazados; a los que están cansados y a los que consideran que todo ha sido en vano.

Tal vez, hermano, usted ha sido un siervo del Señor durante muchos años. Al igual que Pablo, ha sentido en su espalda crueles latigazos por su servicio al Rey. Ha contado cada uno de ellos con la esperanza de que al llegar a cierto número, su sufrimiento acabaría. Y, entonces, lleno de dolor y de asombro, se reincorporó, sólo para experimentar el comienzo de una nueva serie de castigos por parte del enemigo. Muchas veces se habrá preguntado: ¿Cuándo terminará todo esto?

Con toda seguridad sus ojos no son iguales que años atrás. Han perdido vigor y necesita el auxilio de la medicina o, en el mejor de los casos, un par de lentes. Al igual que Pablo, tiene problemas con ellos. Quizás se consumieron de tanto leer las pequeñas letras del sagrado libro.

En varias ocasiones pudiera haber sido deshonrado por las mismas ovejas por las que se sacrificó. Puede que muchas veces haya sido incomprendido y, tratando de encontrar la causa de esa incompreensión, lo único que encontró en su interior fue un amor desinteresado por las ovejas de Cristo.

Probablemente haya sentido el impacto de falsas acusaciones que, al igual que aquellas piedras sobre el cansado y gastado cuerpo del apóstol, golpearon su alma hasta lo más profundo. Habrá sentido el dolor que producen las falsas acusaciones sobre una persona, una iglesia, un ministerio. Y todas fueron lanzadas a sus espaldas y de lejos.

En algún momento habrá sufrido fuertes necesidades económicas: muchas veces el dinero que le ofrendara la iglesia no alcanzó para ese lindo vestido que tanto quiso regalarle a su esposa, o para aquel gracioso juguete para su hijo. Lloró de dolor por no poder tener lo que tanto deseó y necesitó. ¡Cuántas veces miraría usted a su prójimo bien vestido, bien calzado, y se vio a si mismo con la vieja ropa, predicando domingo tras domingo!

Tal vez un día su familia tuvo hambre y usted no tuvo cómo darles de comer. Pienso en su angustia y me imagino que salió a buscar algún amigo o hermano, y nadie le ayudó. Regresó a su casa para encerrarse a llorar en su cuarto y decir desde lo más profundo de su corazón: "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy".

Alguna vez se habrá sentido como un náufrago en la noche oscura de la vida; en esos momentos, que viven todos los hombres, cuando no sabemos cómo

actuar o qué hacer en una situación; cuando parece que, a pesar de ser los siervos de Cristo, no sabemos nada; cuando todo es confuso; cuando no pareciera haber luz; cuando nos sentimos desorientados. Y cuando, a pesar de sentirse así, miró a la iglesia y supo que tenía que salir a conducirla, aunque usted mismo se sentía inseguro y naufragando.

Pero a pesar de todas esas cosas, no podía dejar de pensar en la obra de Dios, en la iglesia de Cristo. Cada vez volvía con nuevas fuerzas y tomaba con valor el timón de la embarcación. Me imagino a algún amigo, o familiar, o hasta a su esposa, llegando a decirle, en alguna oportunidad: "¿Por qué no lo dejas todo?" "¿Por qué no buscas un empleo, como todos los demás, y vives mejor y con menos problemas?" Y pensó en el ofrecimiento y en esa posibilidad. Se dijo para sus adentros: "Muchas veces las empresas del mundo tratan mejor a sus jefes, tienen más consideración para ellos y les brindan más seguridad de lo que muchas iglesias hacen con sus pastores".

Pero ninguno de esos argumentos pudo apagar el fuego que había en su corazón. Ninguna herida, o calumnia, ni el hambre, ni la desnudez, pudieron apagar el fuego que lo consumía por dentro. Y volvía nuevamente a su antiguo oficio, al único que conoce verdaderamente: ministrar la santa Palabra y apacentar las ovejas del Señor.

Hoy, muchas lluvias han caído, muchas aguas han corrido, muchos vientos han soplado. Ya no es aquel joven emprendedor lleno de ingenuidad y de sueños, de fuerzas y de proyectos. Numerosos golpes hay sobre su espalda, ha acumulado

decepciones, un buen número de personas lo habrá abandonado, y bastantes cosas habrán salido mal. Y muy probablemente, en uno de esos viajes, cuando estaba lleno de preocupaciones, dejó olvidado su viejo capote en casa de algún amigo.

El Señor no jubila a nadie y todavía la obra tiene gran necesidad de obreros.

Ahora yo le escribo para rogarle que considere, al igual que lo consideró el gran apóstol de Cristo, la posibilidad de volver a usar su vieja prenda. El Señor no jubila a nadie y todavía la obra tiene gran necesidad de obreros. Sus experiencias, errores, fracasos, triunfos, derrotas, sufrimientos y alegrías, quizás sean la tabla de salvación de un náufrago en alta mar, luchando por llegar al puerto de la salvación, o sean lo que conduzca al alma de un creyente débil a un reencuentro con su Señor, o representen la vara y el cayado que algún joven e inexperto pastor comienza a buscar desesperadamente.

Por eso le ruego, pastor, que se ponga nuevamente su viejo abrigo, ese que tanto le luce y le hace resplandecer como un ángel del Señor, y salga a apacentar nuevamente a las ovejas en medio de la tormenta de este siglo.Δ

José Ramón Frontado es Licenciado en Educación. Se retiró de la docencia universitaria para asumir el pastoreado de la iglesia cristiana evangélica "Luz del Salvador" en Cabimas, Venezuela, donde reside con su esposa: Alegría, y sus dos hijas: Virginia Raquel y Dary Valentina. E-mail: frontado@cantv.net

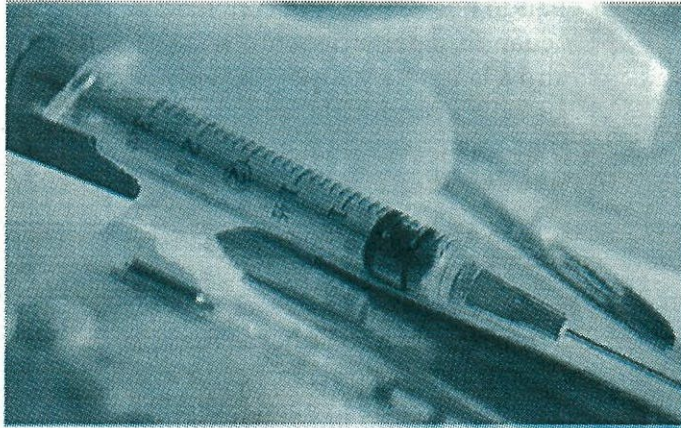
Salud espiritual en la iglesia

Arturo Benoit

Un virus ha entrado en el organismo. Pero en esta ocasión no se activa la alarma del sistema inmunológico del cuerpo. No se realiza el ataque al intruso por parte del ejército de glóbulos blancos. Esta vez el invasor se mueve y reproduce libremente, contaminando todo a su paso.

El síndrome de inmunodeficiencia adquirida ha iniciado su obra destructora.

Una situación similar está ocurriendo dentro de la iglesia de Jesucristo. Es algo que no debió ocurrir, pero está ocurriendo. Las sagradas escrituras nos presentan en varios pasajes cómo el discernimiento es un instrumento de Dios, un sistema de alarma, que inicia la batalla para eliminar agentes contaminantes del cuerpo de Cristo. En el capítulo 5 de Hechos, el apóstol Pedro discierne un espíritu de engaño operando en la pareja formada por Ananías y Safira. Y aunque el espíritu inmundo es identificado, los transgresores no se arrepienten, por lo que un juicio de Dios cae sobre ambos. De esta manera, el cuerpo de Cristo se ve perjudicado, y este pasaje concluye con el versículo que dice: "y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas". Parte de la falta del temor de Dios que caracteriza a la iglesia de



hoy se debe a la escasez de discernimiento en nosotros los líderes. En ocasiones en que Dios, en su infinita misericordia, ha sacado a luz el pecado de uno de sus hijos, hemos observado tres síntomas de esta terrible situación, que está minando la santidad de la iglesia.

1. La situación se había estado llevando a cabo por mucho tiempo, y desembocó en una crisis, a veces irreversible para el transgresor.

2. La situación no fue discernida por los líderes, por lo que no se hizo nada para combatirla.

3. La situación afectó a gran parte, sino a toda la congregación.

Observando el desarrollo de este mal dentro de la iglesia, vemos que se inicia con el rompimiento de algunos principios bíblicos, por parte de los mismos líderes:

- a. Falta de intimidad con Dios: "...porque separados de mí nada

podéis hacer", (Juan 15:5). La sensibilidad espiritual que requiere el discernimiento proviene solamente de nuestra intimidad con Dios; y dentro de la congregación esta intimidad se nos exigirá, en mayor grado, a los líderes. No fue sino hasta que el joven Samuel permaneció quieto ante el llamado de Dios, que

recibió la revelación divina sobre la casa de Elí. Pero he aquí que muchos de nosotros dedicamos casi todo nuestro tiempo a ministrar a través de nuestras múltiples predicaciones, reuniones, compromisos, cargos, actividades sociales, etc; todo lo cual resulta en detrimento de nuestra intimidad con Dios.

Entre la amplia gama de aspectos que constituye nuestra intimidad con Dios, podemos mencionar la alabanza, la adoración, la intercesión, la meditación en la Palabra, el ayuno y, sobre todo, el permanecer callados ante su presencia.

"He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría", (Salmo 51:6).

- b. Falta de discipulado: "Por tanto id, y haced discípulos a todas las naciones..." (Mateo 28:19). Esta fue una de las últimas instrucciones que Jesús dio a sus discípulos antes de

ascender a la diestra del Padre. El discernimiento de Jesucristo, como el discipulador por excelencia lo vemos cuando le dice a Pedro: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte..." (Lucas 22:31). Por su posición de liderazgo, el discipulador tiene el respaldo de Dios en cuanto a la revelación de la condición de sus discípulos. "Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer... porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí..." (Génesis 18: 17-19). "Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas", (Amós 3:7).

Como discipuladores debemos conocer tan profundamente a nuestros discípulos, que podamos apreciar, en lo natural, cualquier cambio negativo en su personalidad o en su comportamiento. Así iniciaremos un diálogo, para discernir, en el ámbito espiritual, la causa de tal cambio y tomar las medidas adecuadas para su restauración.

Lo que está ocurriendo en nuestras congregaciones es que, a veces, los líderes estamos tan ocupados en nuestras actividades, que olvidamos nuestras responsabilidades ante Dios por el bienestar físico, emocional y, sobre todo, espiritual de nuestros discípulos.

"Apacienta mis corderos",
"pastorea mis ovejas" y
"apacienta mis ovejas",
(Juan 21:15-17).

c. Falta de un sentido de militancia:

"Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efesios 6:12).

Jesús prometió edificar su iglesia y que las puertas del Hades no prevalecerían contra ella; y Él usará a su iglesia para alcanzar estos propósitos porque "Él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo..." (Efesios 4:11-12).

En cuanto a la batalla contra las puertas del Hades, nos dice la Palabra que, "aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas..." (2 Corintios 10:3-4).

4. Como individuos y como cuerpo a veces olvidamos que estamos en pie de guerra contra Satanás. Y no es esta una batalla organizada, con reglas establecidas, sino un combate tipo guerrilla, en donde se nos tienden emboscadas, recibimos ataques sorpresivos y se nos lanzan dardos de fuego. Pero debemos estar persuadidos de que más poderoso es el que está en nosotros que el que está en el mundo. A veces nos

sorprendemos del enfoque natural y suicida con que algunos creyentes se enfrentan a los permanentes ataques demoníacos que reciben.

"Vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo"
(Efesios 6:11).

Hemos querido dar una voz de alarma sobre esta anomalía en medio de nuestras congregaciones. Nuestro propósito no es buscar un chivo expiatorio que cargue con la responsabilidad de esta situación, sino que, como líderes y discipuladores, nos examinemos a nosotros mismos a la luz de la palabra de Dios y determinemos nuestra ubicación en las tres áreas mencionadas: intimidad con Dios, calidad de discipulado y sentido de militancia espiritual. Comprenderemos así que es solamente a través de nuestro discernimiento de los espíritus inmundos que atacan el cuerpo de Cristo, que podemos ganar esa batalla, en el precioso nombre de Jesucristo. Entonces, y tan sólo entonces, podremos convertirnos en la iglesia ante la cual las puertas del Hades no pueden prevalecer. Cumpliremos entonces con todo éxito, la gran comisión del Maestro de ir por todo el mundo y predicar su evangelio a toda criatura.Δ

Arturo Benoit vive en Panamá y es profesor del Instituto Bíblico de las Asambleas de Dios.

Conquista Cristiana: útil herramienta para el ministerio!

Envíe ahora \$12
(U.S. dólares) costo de 6 ejemplares

CONQUISTA CRISTIANA — Volumen 5 • Número 4 • 1999 — Director: Hugo M. Zelaya • Editora: Grace Martínez • Administrador: Franklin Aguilar.

Publicación bimestral del Centro para Desarrollo Cristiano, que pertenece a la Fraternidad de Ministerios e Iglesias del Pacto — © Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores. Los puntos de vista expresados representan la opinión de sus escritores y no necesariamente del director o editor.

El Material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la Biblia Reina Valera Revisada o la Reina Valera 1995 — Impresión: Litografía Costa Rica, S.A.

CONQUISTA[®] CRISTIANA

Teléfono (506) 240-5080
Fax (506) 236-5028
Apartado 5551
1000 San José, Costa Rica

Porte pagado
Port payé

Permiso
No. 7

